

INES GARBER



Amores platónicos, 2

booket

Ines Garber
Heather & Sean
Serie Amores platónicos, 2



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación de la autora o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web de la autora o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Ines Garber, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Mireya Murillo Menéndez (@wristofink)
Ilustraciones del interior: Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: enero de 2025

Depósito legal: B. 20.143-2024
ISBN: 978-84-08-29768-0
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España



En invierno me costaba horrores salir de la cama por la mañana. Me despertaba acurrucada y cubierta por un grueso edredón que me protegía del frío y de la realidad, y apartarlo siempre me suponía un esfuerzo enorme. Sin embargo, tenía que obligarme a hacerlo porque nadie más iba a preocuparse por sacarme a rastras de allí, y también porque yo sí que tenía que sacar de su cama a alguien más.

Me puse unos calcetines gruesos antes de dirigirme a la habitación de mi madre.

Era una especie de rutina: lo primero que hacía por las mañanas era ir a su cuarto para despertarla. Después desayunábamos juntas; ella un café y una tostada, yo un bol de cereales. Era uno de los pocos momentos del día que compartíamos, pero ambas lo pasábamos en silencio. Mi madre estaba demasiado cansada como para hablar y yo no tenía nada que contarle, así que me terminé el desayuno sin decir una palabra y después la miré. Removía su taza de café sin muchos ánimos y apenas había probado la tostada. Solo la mordió porque notó que la miraba con agotamiento, y lo hizo tras soltar un largo suspiro. Sus movimientos eran lentos y perezosos.

Empecé a mover el pie bajo la mesa con impaciencia. No quería que ella lo viera, pero estaba en mi límite. Odiaba el ambiente que nos rodeaba. Odiaba que la casa en la que había sido feliz se hubiera convertido en un lugar tan frío y silencioso. Odiaba mirar a mi madre a los ojos y ver solo un mar de tristeza. Odiaba notar su falta de energía, su motivación drenada y sus inexistentes ganas de hacer cosas. Verla así me dejaba en un estado similar.

Cuando era pequeña, solía decirme que era una esponja de emociones. Que era feliz cuando la gente a mi alrededor lo era y que la tristeza se me contagiaba con facilidad. Decía que eso pasaba porque era tan empática que interpretaba los sentimientos ajenos como míos propios.

Al principio pensaba en esa cualidad como algo bueno, pero no tardé en darme cuenta de que, conviviendo con ella, no era positivo en absoluto. Durante los últimos años nos habíamos estado hundiendo la una a la otra constantemente. Yo lograba levantarme, pero mi madre..., ella seguía decayendo, y había llegado a un punto en el que se encontraba tan abajo que mi mano ya no la alcanzaba y no podía tirar de ella.



Las clases podían ser una tortura o una liberación, dependiendo del día. Ese en concreto encajaba más bien en la primera categoría, porque no me quedaba casi paciencia.

Divisé a Kate frente a su taquilla. Llevaba puestos sus clásicos auriculares de botón y estaba mirando el horario de las clases como si no se lo supiera ya de memoria. No me vio hasta que cerró la taquilla; entonces sonrió ampliamente. Me puse de mejor humor casi de inmediato.

—A ver si adivino —decidí meterme un poco con ella—, ¿has pasado la noche en casa de Ethan?

Solo su novio podía hacer que sus ojos azules brillaran con tanta intensidad. A decir verdad, toda ella se volvía radiante cuando pasaba tiempo con él.

—¿No puede una ser feliz sin motivo? —Traté de disimular lo roja que se había puesto jugando con uno de los mechones castaños de su pelo.

—Supongo, pero es que tú sí que tienes una razón para serlo. Una que tiene nombre y apellido, además.

Es curioso cómo una persona puede ser la razón de tu felicidad o todo lo contrario. Lo he tenido presente desde muy pequeña: la gente que nos rodea tiene un impacto enorme en nuestras vidas. Pueden cambiarlo todo.

Ethan había supuesto un cambio muy positivo para Kate. Mi amiga ya era un rayo de sol antes de empezar a salir con él, pero ahora que estaban juntos parecía una bomba de brillitos y purpurina andante.

—Vale, sí, puede que tenga un motivo —admitió finalmente, ruborizada.

Sonreí con ternura.

Un rato más tarde nos reunimos con Karen y Sheila, que habían llegado juntas a clase pese a que vivían en puntos opuestos de la ciudad. Eso solo podía significar una cosa: ellas también habían pasado la noche juntas, lo que a su vez se resumía en un montón de cotilleos que se morían por contarnos.

A Kate y a mí nos importaba más bien poco lo que ocurría fuera de nuestro círculo de amistades, pero ellas dos vivían por y para el chisme. Tenían fichadas las redes sociales de medio instituto y eran amigas de un montón de gente, así que se enteraban de todo.

Normalmente hacía un esfuerzo por prestar atención a lo que nos contaban, pero ese día no estaba muy centrada. Sentía que todo ocurría a cámara lenta a mi alrededor por culpa del cansancio que había acumulado durante las últimas semanas, en las que la preocupación por mi madre apenas me había dejado dormir. Lo único que quería era volver a casa, encerrarme entre las cuatro paredes de mi habitación y descansar.

Durante el resto del día me dediqué a contar las horas que quedaban para que pudiera hacer justo eso.

—¿Estás bien? —me preguntó Kate en la pausa del almuerzo.

Esa pregunta siempre me hacía sentir incómoda, porque sentía que me obligaba a poner buena cara en los momentos en los que menos fuerzas tenía para sonreír.

—Estoy cansada —admití.

No dijo nada más, pero durante lo que quedaba para irnos a casa se aseguró de que pudiera descansar un poco en más de un sentido. Me compartió sus apuntes, se dedicó a distraerme y sacó temas fáciles de conversación para que pudiera participar en ellas sin mucho esfuerzo.

Me entristecía darme cuenta de lo mucho que agradecía y necesitaba que hiciera eso por mí. Hubo un tiempo, sobre todo al inicio del instituto, en el que socializar me gustaba tanto como la fotografía. Lograba subir-

me el ánimo y devolverme al pasado; un pasado en el que estaba llena de vida, jugaba al baloncesto, me rebozaba en la hierba y hacía acampadas en el jardín de mi casa.

Siempre me había gustado estar rodeada de otra gente, así que sentir la necesidad de alejarme de todo el mundo era relativamente nuevo para mí y me escocía como si fuera, precisamente, una herida reciente.

Me dolía agradecer la soledad y los silencios que tanto odiaba.



A pesar de las ganas que tenía de llegar a casa, no cogí el autobús, sino que decidí ir andando. El camino era largo, pero los sitios por los que pasaba sacaban a la luz mi inspiración. Muchas veces me desviaba para buscar nuevos lugares que fotografiar y tardaba incluso más en llegar a casa.

Me recibió el mismo ambiente deprimente de todos los días: un jardín descuidado, que necesitaba podarse tanto como yo cortarme el pelo, un porche vacío y una casa solitaria. En invierno anochecía tan pronto que a todo eso se le sumaba una oscuridad deprimente.

Dejé mi mochila en el suelo de mi habitación y busqué mi paquete de tabaco entre los cajones del armario. Abrí un poco la ventana, me senté en el borde de esta y me llevé un cigarrillo a los labios. El viento frío se coló por la abertura y me empezaron a temblar un poco las manos. Aun así, pude encender el extremo del cigarro sin mucho problema. Después lancé el mechero al suelo, apoyé la cabeza contra el marco de la ventana y dejé que el humo del tabaco me llenara los pulmones.

Cuando comencé a fumar, mis cigarrillos siempre venían acompañados de un sentimiento de culpa tan desagradable como el sabor del tabaco en sí, pero ese día, tras darle varias caladas al cigarrillo, me di cuenta de que la sensación de estar haciendo algo malo se había difuminado con el tiempo hasta desaparecer por completo. Ahora lo único que acompañaba al tabaco eran los efectos de la nicotina, y eso me aliviaba tanto como me hacía sentir patética.

Liberé el humo en un suspiro frustrado y abrí un poco más la ventana para poder apagar el cigarrillo contra la fachada. Justo cuando iba a volver

a cerrarla, vi algo que me llamó la atención: había una furgoneta enorme aparcada frente al jardín de los Miller.

Fruncí un poco el ceño; no me gustaba la idea de que otra persona se instalara en la casa que pertenecía a Sean y a Andrew. Sus padres ya la habían alquilado dos veces antes, y siempre que veía a alguien ocupando la habitación de Sean —la que daba a mi ventana—, me rompía un poco por dentro. De alguna forma, me obligaba a ser consciente de que mis antiguos vecinos ya no vivían allí.

No estaba segura de querer conocer aún a los nuevos inquilinos, pero la curiosidad pudo conmigo y terminé bajando la escalera de mi casa para dirigirme a la entrada. Me arreglé un poco el pelo sin mirarme en el espejo y salí al jardín.

Había una persona situada frente a la parte trasera de la furgoneta, aunque era difícil verla bien desde donde yo me encontraba. Estaba decidida a acercarme para saludar, pero justo en ese instante vi que alguien salía de casa de los Miller y me giré para echarle un vistazo.

El chico que bajaba la escalera del porche tenía el pelo negro y toda su ropa era también de ese color: desde la camiseta de manga corta que dejaba a la vista unos brazos fuertes y bronceados hasta los vaqueros desgastados que se ajustaban a los músculos de sus piernas. Lo único que arruinaba la «variada» gama de colores eran sus zapatillas, que tenían dos líneas blancas. Aparte de eso, era la personificación de la oscuridad.

En el momento en el que sus ojos se encontraron con los míos, mi curiosidad se transformó en algo mucho más grande: una ola de emociones contradictorias e intensas que, durante un breve instante, me hicieron dudar sobre si lo que estaba viendo era real.

Su reacción fue casi un reflejo de la mía. Me dedicó una mirada de cuerpo entero y entreabrió un poco los labios. Después los cerró y tragó saliva. Imité el gesto, porque de un segundo a otro se me había secado la boca y un nudo me oprimía garganta. El chico que tenía delante era una versión más alta, más fuerte y definitivamente más atractiva del niño que una vez fue mi mejor amigo.

Esbozó una sonrisa arrebatadora y se acercó a la valla que nos separaba.

—Cuánto tiempo sin verte, Heather.



Saqué un par de latas de refresco de la nevera y le tendí una a Sean, que estaba apoyado contra la encimera de mi cocina, todo tranquilo.

«Sean está en mi cocina.» Me lo tuve que repetir porque seguía sonando extraño e irreal y una parte de mí no se atrevía a descartar que se tratara de una alucinación. Si lo era, tenía que darle un premio a mi cerebro, porque el escenario estaba muy bien construido y detallado.

Me fijé en los dedos largos y masculinos de Sean, que acariciaban el borde de la lata distraídamente mientras él le echaba un vistazo a la casa como si quisiera asegurarse de que nada había cambiado. Para su desgracia, tuvo que conformarse con buscar algo que le resultara familiar, porque el espacio que nos rodeaba tenía poco que ver con lo que debía de haber en su memoria.

Le llamaron la atención las fotos de la nevera. Se acercó y cogió una de ellas con mucho cuidado.

—Te sigue gustando la fotografía.

Asentí como si su afirmación fuera una pregunta.

Se hizo un silencio extraño entre nosotros, pero él no pareció notarlo. Estaba tranquilo, como si en realidad no hubiera pasado tanto tiempo desde la última vez que había visitado mi casa. Desde la última vez que me había visto a mí.

Pero habían pasado siete años.

Siete larguísimos años.

Mi mente era un caos. Una parte de mí estaba tensa y reticente porque veía en él a un desconocido. Yo había cambiado mucho; era lógico

pensar que él tampoco sería el mismo de antes. Sin embargo, la parte de mí que siempre había soñado con volver a verlo estaba emocionada y sentía el impulso de relajarse. El cariño que le guardaba seguía latente en mi interior.

—¿Dónde está Andrew? —rompí el silencio y abrí mi lata de refresco.

Me había contado parte del motivo por el que habían regresado, que se parecía mucho a la razón por la que se marcharon en primer lugar: problemas en la relación de sus padres. Solo que esta vez, en lugar de buscar un nuevo comienzo que arreglara las cosas entre ellos, habían decidido separarse.

Que Sean hubiera elegido vivir con su padre no me sorprendía lo más mínimo, pero el hecho de que Andrew no los acompañara sí que me desconcertaba un poco. Los dos hermanos habían sido uña y carne en el pasado. Que vivieran en distintas ciudades solo podía significar dos cosas: o bien su relación había cambiado, o el cambio de aires era pasajero. Ambas alternativas me parecían igual de malas.

Le di un trago a la bebida mientras esperaba su respuesta. La curiosidad y la necesidad de saber si se iban a quedar en la ciudad de manera permanente inspiraban una larga lista de preguntas que me moría por hacerle, pero no quería atosigarlo tan pronto.

—Se ha quedado en Roinar con mi madre. —Hice una mueca cuando mencionó el nombre de la ciudad a la que se habían mudado años atrás—. Tiene pensado acabar los estudios allí.

—Vaya. Esperaba volver a verlo a él también.

Sean esbozó una sonrisa serena.

—No creo que tarde mucho en venir a visitarnos —dijo—, sobre todo si sabe que sigues viviendo aquí.

Abrió por fin su refresco y le dio un trago largo. Me fijé en el movimiento de la nuez pronunciada de su cuello al tragar. Había algo en él, en las formas masculinas de su cuerpo, que atraía mi mirada como un potente imán.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó de repente.

Reprimí un largo suspiro. Estaba segura de que mi madre saldría en la conversación tarde o temprano, pero eso no quería decir que me apeteciera hablar del tema.

—Pues trabaja de camarera en un restaurante bastante popular y no le va mal. —«Económicamente, al menos». Hoy llegará tarde a casa, pero igual mañana por la mañana la ves. —Encontré la oportunidad perfecta para cambiar de tema—. ¿Tienes clase?

—¿Mañana? —Asentí con la cabeza—. No. Empiezo el miércoles. Vamos a aprovechar estos dos días para terminar de instalarnos.

—¿Necesitáis ayuda? No sé montar muebles, pero sí pasar herramientas —bromeé—. Y te puedo enseñar algunas cosas que antes no estaban en la ciudad. ¿Sabes que han abierto un *sex-shop* justo al lado de la pizzería en la que celebramos tu octavo cumpleaños?

Sean alzó una ceja y después soltó una carcajada suave. Incluso su risa, con ese deje grave, se había vuelto magnética.

—Han cambiado muchas cosas, por lo que veo.

Me estaba mirando cuando dijo eso, y no pude evitar preguntarme a qué se refería exactamente. ¿A la ciudad? ¿A esa casa? ¿A nuestra amistad? Estaba claro que esta última no iba a permanecer intacta mientras estuviéramos tan lejos el uno del otro, así que dudaba que eso lo sorprendiera.

Fuera lo que fuese, esperaba que no se refiriese a mí.

No me gustaba ser consciente del cambio que había sufrido porque me hacía echar de menos a la persona que fui en el pasado: una niña alegre que solo entendía la mitad de lo que ocurría a su alrededor.

Echarme de menos a mí misma ya era una tortura de por sí, pero decepcionar a Sean, que con toda probabilidad esperaba reencontrarse con otra Heather, me hacía sentir aún peor.

Dejó su lata sobre la encimera y avanzó en mi dirección. Me quedé muy quieta, expectante, cuando levantó la mano para apartarme un mechón de pelo de la cara.

—Tu pelo, por ejemplo. Lo recordaba de otra forma. Más... rebelde. Liberé lentamente todo el aire que estaba reteniendo en los pulmones.

Se refería a mí, pero solo a mi físico.

Vaya alivio.

—En realidad, sigo teniéndolo como antes. Me lo he planchado esta mañana —le hice saber, y comencé a jugar con uno de mis mechones

igual que lo estaba haciendo él. Entonces bajó la mano, como si hasta ese momento no se hubiera percatado de que me estaba tocando—. Pero si vamos a hablar de cambios —continué—, creo que deberíamos empezar contigo.

Me permití darle un repaso de arriba abajo con la excusa de enumerar todo lo que lo alejaba del niño que había en mis recuerdos y en las fotos que aún conservaba de nosotros dos. Había una en el pasillo, sobre una pequeña cómoda en la que guardábamos llaves, folletos, cartas y demás. Era la favorita de mi madre: yo le estaba dando un abrazo a Sean mientras le sacaba la lengua a la cámara y Sean sonreía sin dejar de mirarme a mí.

Parpadeé y volví a la realidad, tan solo para darme cuenta de que llevaba un buen rato con la vista clavada en mi vecino.

Carraspeé.

No tenía sentido fingir desinterés, así que fui directa y sincera:

—En tu caso, el pelo es lo único que no ha cambiado. —Lo seguía teniendo negro, espeso y desordenado. Por lo demás... Joder, hasta sus ojos eran distintos de como los recordaba. Su color no había cambiado, evidentemente, pero las facciones de su rostro le robaban inocencia a su mirada y aportaban algo que me aceleraba el pulso—. ¿Pasas mucho tiempo en el gimnasio?

—Juego al baloncesto —me corrigió.

Tendría que habérmelo imaginado. Andrew y él siempre habían tenido cierta inclinación por ese deporte. Cuando no estaban compitiendo para ver quién encestababa más veces en la canasta de su jardín, iban a la cancha del parque y hacían equipo para jugar contra otros niños.

—Eso explica cosas. —Volví a echarle una miradita descarada y sonreí—. ¿Y qué hay de tu ropa? ¿Te has vuelto alérgico al color? ¿Quieres saber lo que se siente cuando tu cuerpo entra en estado de hipotermia? —bromeé—. Estamos en enero, Sean. Si vas a pasar frío para lucir músculo, no te pongas manga corta. Mejor quítate la camiseta entera.

Él soltó una carcajada.

—¿Es una sugerencia o una petición?

Su respuesta me sacó una sonrisa sincera. La parte de mí que anhelaba sentirse cómoda a su alrededor estaba ganando terreno.

—¿Y lo del color negro? —Señalé su ropa.

—Me gusta cómo me queda. —Se encogió de hombros—. Y no visto solo de negro —aclaró, y después sonrió ampliamente—. Hay una sudadera de color azul oscuro perdida en alguna de las cajas de la furgoneta.

—El azul oscuro es pariente cercano del negro. Pero tienes razón, te queda bien —reconocí—. Y, hablando de las cajas... Igual deberíamos echarle una mano a tu padre.

Sean asintió con la cabeza y se puso de pie. Al caminar junto a él hacia la entrada, me di cuenta de lo alto que era en realidad. A los once años teníamos prácticamente la misma estatura; ahora él me sacaba una cabeza entera.

Salimos del jardín y nos detuvimos frente a la parte trasera de la furgoneta. Solo quedaban un par de cajas por sacar. Sean agarró una de ellas y yo intenté levantar la otra. Digo «intenté» porque la delgadez de mis brazos no me permitió alzarla durante más de diez segundos.

Oí una risa que no era de Sean a mis espaldas. Dejé de abrazar la caja como si la vida me fuera en ello y levanté la vista.

Elian Miller no había cambiado tanto como su hijo. Parecía cansado y su pelo había adquirido un tono ceniciento, pero por lo demás estaba igual. Se acercó a la caja, pero lo frené antes de que pudiera levantarla. Me lo había tomado como un reto personal: quería moverla yo sola.

—Han pasado siete años y sigues sin saber rendirte. —Me dedicó una sonrisa amplia y llena de cariño.

—Espero no aprender nunca. —Le devolví el gesto.

Rodeé la caja con los brazos una vez más y conseguí transportarla a cortas distancias hasta el interior de la casa. Elian se rio al ver que me había quedado sin aire y que me había puesto roja del esfuerzo, pero me dio unas palmaditas en la espalda cuando me puse de pie.

Fue entonces cuando me paré a ver el interior de la casa. Estaba vacía; no había más que cajas amontonadas, muebles sin montar y cuadros sin colgar, y aun así... sentí tanta nostalgia que se me encogió el pecho de la emoción y me invadió una necesidad imperiosa de echarme a llorar.

Las paredes de esa casa me traían muchos recuerdos.

Recuerdos alegres y llenos de vida.

Recuerdos de un tiempo en el que era feliz.

Incluso aquellos que deberían ser malos estaban teñidos de un sentimiento cálido y agradable, como la vez en la que Sean y yo hicimos una carrera para ver quién subía la escalera más rápido, y yo me resbalé y me caí por esta, por lo que me rompí una pierna. En ese momento lo pasé muy mal. Solo tenía siete años y el dolor me pareció insoportable. Nunca pensé que llegaría a recordar algo así con cariño, y mucho menos que sonreiría ante el recuerdo.

Casi podía vernos a los dos, a Sean y a mí, correteando por el pasillo. Éramos como relámpagos pequeños e implacables. Estábamos llenos de energía.

Mi felicidad en aquel entonces era casi permanente. Incluso en mis peores días, seguía siendo feliz.

Ahora solo conocía la felicidad momentánea, y lo único permanente en mi vida era el vacío que sentía. Lo apagado que veía el mundo.

La nostalgia me recordó por un segundo cómo lo veía unos años antes.
Lleno de luz.

Lleno de vida.

Y me di cuenta entonces de que quizá el problema no era el mundo. Quizá era yo quien se había apagado.



Al final, me quedé toda la tarde con los Miller. Cené con ellos y reviví un millón de anécdotas que ni siquiera recordaba. Me sentí como si hubiera viajado en el tiempo, y al despedirme de ellos me invadió un miedo irracional que me advertía que desaparecerían si regresaba a casa. Por suerte, fui capaz de convencerme a mí misma de que al día siguiente volvería a verlos.

Abrí la puerta de casa con mucho cuidado para no despertar a mi madre en caso de que estuviera dormida.

No lo estaba.

La encontré en el salón, leyendo.

—Hola, mamá.

Apartó la vista del libro para sonreírme.

—Hola, cielo.

—Adivina qué. —Respondí a mi propio juego—: Sean y su padre han vuelto a la ciudad. He pasado la tarde con ellos.

—¿En serio? —Por primera vez en mucho tiempo, se le iluminaron un poco los ojos. Cerró el libro y lo dejó sobre la mesita que había delante del sofá—. Qué bien, Heather. ¿Cómo están?

—Bien. —Me quité los zapatos y me senté a su lado—. Sean es supe-ralto. Estoy segura de que te va a costar reconocerlo. No se parece en nada al chico de once años que se fue a la otra punta del país.

—¿Ha cambiado para bien? —Me dedicó una sonrisa divertida y cu-riosa.

—Para *muy* bien —admití sin reparos.

Mi madre soltó una carcajada.

Verla reír no era raro. Tampoco lo era que yo me riese con ella.

Mucha gente no entiende que la felicidad no va ligada a gestos o a momentos específicos del día, sino a cómo nos sentimos en general. Mi madre seguía vacía y rota, y yo seguía sintiendo una parte de su tristeza bajo la piel, incluso en un instante como ese.

—Podríamos invitarlos a cenar algún día.

Dudaba que eso fuera a pasar, porque apenas tenía tiempo para ce-nar solo conmigo, pero asentí con la cabeza de todos modos. Me gustaba que hiciera planes, incluso si no llegaba a cumplirlos.

—¿Y Andrew? ¿Lo has visto a él también?

—No —negué—. Sigue estudiando en Roinar, pero me han dicho que vendrá a visitarnos en cuanto pueda.

—Me alegro mucho. —Volvió a sonreír.

Ya que parecía ver las cosas desde una perspectiva menos oscura e inflexible que de costumbre, me atreví a preguntarle por el trabajo. Me dijo que le había ido bien y que por eso había llegado un poco antes.

—Me podrías haber mandado un mensaje. Habría venido antes para cenar contigo. —Lo dije muy en serio. Habría vuelto a casa para pasar algo de tiempo con ella, aunque eso conllevara interrumpir mi reen-cuentro con Sean y con Elian—. Oye, mamá...

Sabía que el terreno en el que me adentraba estaba minado, pero hay caminos por los que una tiene que pasar para seguir avanzando.

—Dime.

—¿Cómo va la búsqueda de empleo?

Tras una discusión que tuvimos meses atrás, mi madre me había prometido que dejaría el trabajo si encontraba uno mejor, y yo no iba a permitir que se olvidara de la promesa tan fácilmente.

Esa era otra actitud que me desesperaba: evadía todo lo que le hacía sentir incómoda y pretendía que yo le siguiera el juego. Era alérgica a la presión y se venía abajo cuando intentaba hablar con ella de cualquier tema importante que nos concerniera a las dos.

Se tensó un poco con mi pregunta.

—No he tenido tiempo. —Daba la impresión de que menguaba en tamaño con cada palabra que pronunciaba—. No es fácil encontrar trabajo sin formación —se excusó como si sintiera la necesidad de defenderse.

Formé una fina línea con los labios. Las dos sabíamos que yo era el motivo por el que ella lo había abandonado todo para empezar a trabajar.

—¿Has pensado alguna vez en finalizar tus estudios? O quizá podrías hacer un curso de algo que te interese.

Mi madre soltó un suspiro largo y cansado.

—Lo único que me interesa es mantenernos a las dos, Heather.

Me lanzó una de esas miradas que parecían decir «¿Puedes dejarlo estar?». Pero no podía. No cuando la situación nos hacía miserables a las dos. Casi podía palpar el sentimiento asfixiante que la impulsaba a querer hablar de otra cosa. ¿Notaba ella la culpa y desesperación que yo sentía? Y si lo hacía, ¿cómo podía ignorar mis emociones tan deliberadamente?

—No lo entiendo —insistí—. Sabes que podemos permitirnos que dejes de trabajar durante un tiempo. Mi padre nos envía dinero de sobra para pagar todos los gastos de la casa, y no es que necesitemos mucho más. Ninguna de las dos somos caprichosas.

Eso, por fin, hizo que se irguiera un poco y que alzara ligeramente la voz.

—No quiero depender de él, Heather —dijo, y sonó tan firme y tan determinada que me guardé mis opiniones para dejarla continuar—. Te-

nerte fue mi decisión y, por tanto, cuidarte es responsabilidad mía, no suya.

No estaba de acuerdo en absoluto y su terquedad me parecía agotadora. Me crucé de brazos y apreté los dientes para evitar responderle de mala manera.

—Además, eso es precisamente lo que quiero: que seas un poco caprichosa.

—¿Para qué? Siempre que te pido algo, me ignoras —le reclamé con el ceño fruncido.

No me había hecho caso cuando le pedí que considerara cambiarse de trabajo, que dejara de fumar o que buscara algo con lo que entreteñerse los fines de semana para no pasar el día entero durmiendo. Le había propuesto salir a pasear conmigo, hacer pequeñas excursiones e incluso ir al cine, pero todos mis intentos por activarla acababan en la misma frase: «Esta semana estoy demasiado cansada, Heather. ¿Podemos dejarlo para la próxima?».

Mi madre cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, reflejaban eso mismo: un cansancio infinito y un sentimiento de culpa igual de grande. Sabía lo que quería decirme sin necesidad de que lo pronunciara en voz alta. «Sé que lo estoy haciendo todo mal, pero es que no tengo fuerzas para hacerlo bien».

—Sé que no es tu culpa. Sé que haces lo que puedes. —Aunque en ese momento no estaba segura de ninguna de las dos cosas, fui incapaz de reprimir el impulso de consolarla.

—Pero no es suficiente —agregó lo que yo no había tenido el valor de decir en voz alta.

—No. No es suficiente —admití—. Y no podemos seguir así. —Tragué saliva—. Además, cuidarme no es solo responsabilidad tuya, mamá. Se necesitan dos personas para tener un bebé.

—Es más complicado que eso. —Se puso a la defensiva otra vez—. Él no estaba preparado para ser padre. Los dos lo sabíamos y yo decidí tenerte de todas formas.

—¿Y eso hace que no puedas aceptar su ayuda? —Fruncí el ceño—. ¿Crees que lo estás obligando a ser parte de algo por lo que nunca firmó? Mamá, me has criado tú —le dije muy seria—. Eres tú la que me llevaba

al colegio de la mano de pequeña. La que montaba la tienda de campaña cada vez que a Sean y a mí nos daba por querer acampar en el jardín. La que me regaló mi primera cámara y la que guarda las fotografías que describen mi infancia.

Se le empañaron un poco los ojos y a mí me tembló la voz. Hablar en pasado, recordar lo que había sido tener una madre, alguien que te pondría por delante de todo y de todos y que haría cualquier cosa por ti y por tu felicidad... Yo ya no tenía eso. Al menos, ya no sentía que lo tuviera.

—Me has criado tú —repetí—, no él. Así que puedes depender de su dinero porque eso no es hacer de padre, es cumplir con su parte.

Ella negó sutilmente con la cabeza.

—No lo entiendes —dijo en voz baja. Y tenía razón: no la entendía. No lograba comprender que pusiera su cabezonería por delante del bienestar de ambas.

—Pues explícamelo.

Me miró como si acabara de pedirle que escalase una montaña con las manos atadas a la espalda.

—Déjalo —se rindió antes de haberlo intentado siquiera—. No tengo ganas de pasar otra vez por una versión nueva de la misma discusión de todas las semanas, Heather.

Quise decirle que yo tampoco. Que precisamente por eso teníamos que llegar hasta el final de la conversación, para liquidar el tema de una vez por todas. Pero yo también estaba harta, así que no añadí nada. Me levanté y me fui a mi habitación.

Una vez allí, recogí el mechero del suelo, me puse el pijama y me acerqué a la ventana, preguntándome si ver una luz encendida en la casa de al lado me daría un poco de luz a mí también. Al principio descubrí que todas estaban apagadas, pero entonces, como si se me hubiera concedido un deseo, una de ellas se encendió.

La del cuarto de Sean.

Tardó unos minutos en acercarse a la ventana, pero no lo sorprendió demasiado encontrarme en la de enfrente.

—¿Por qué has elegido tu antigua habitación? —quise saber. Solo me hizo falta elevar un poco la voz para conseguir que me oyera—. La

de Andrew era más grande. Si él no la va a usar, podrías habértela quedado tú.

—Porque espero encontrarte al otro lado cada vez que necesite molestar a alguien. —Me guiñó un ojo y después apoyó los brazos en el alféizar—. ¿Y tú? ¿Por qué te has asomado a la ventana?

—Porque tenía ganas de que alguien me molestara. —Sonreí, y él me devolvió el gesto enseguida.

—Pues has encontrado a un experto.

Solté una pequeña carcajada y me subí al borde de la ventana de un salto. De pequeña siempre usaba ese saliente para hablar con Sean cuando no me quedaba más remedio que estar dentro de casa, pero durante los últimos siete años solo me sentaba ahí para fumar.

—Muy bien. Entretenme.

—Dame tu número —pidió—. Y también tu nombre de usuario en Instagram.

Enarqué una ceja.

—¿Quieres que te ayude a *stalkear* mis redes sociales? ¿No vas a hacer el más mínimo esfuerzo por encontrarlas tú mismo?

—Créeme, si pudiera dar con ellas por mi propia cuenta, ya lo habría hecho.

Es decir, que ya lo había intentado. Saber eso hizo que mi sonrisa se ensanchara un poco más.

—Vaya principiante. Mis amigas habrían tardado menos de veinticinco minutos en encontrarte a ti.

El único motivo por el que no lo habían hecho era que no sabían de la existencia de Sean. Nunca les había hablado de él, ni de mi madre, ni de cualquier otra cosa que pudiera bajarme los ánimos. Solo había tocado algunos de esos temas con Kate, e incluso entonces me había sentido incómoda, como si estuviera manchando un aspecto alegre de mi vida con la tristeza de otro.

—Bueno, es que soy un principiante. Tú eres la primera persona a la que he intentado buscar.

Lo miré detenidamente, preguntándome si estaba siendo sincero o si intentaba hacerme sentir especial para meterse en mis bragas. No sería la primera vez que un chico recurría a tácticas como esa para ligar conmigo.

No obstante, Sean parecía decirlo en serio, lo cual me hizo sentir... extraña. No estaba acostumbrada a sentirme especial.

—Pues inténtalo con más ganas —lo reté divertida—. Si das con mi cuenta de Instagram, te daré mi número.

Sean esbozó una sonrisa que me hizo pensar que la idea le gustaba incluso más que conseguir lo que quería sin esfuerzo alguno.

—Vale. Hecho.

Estuvimos hablando un cuarto de hora, hasta que decidí que había llegado el momento de irme a la cama.

A la una y media de la madrugada, cuando yo aún seguía intentando dormirme, la pantalla de mi teléfono se iluminó gracias a una notificación. Normalmente lo habría ignorado, pero me entró la curiosidad al ver que se trataba de un mensaje privado de Instagram.

Creo que me debes un número de teléfono.

El tuyo, concretamente.

Sonreí y le di su premio. Esperé a que me enviara un mensaje de vuelta, pero sus «Escribiendo...» iban y venían. Finalmente, no recibí una respuesta, sino una llamada entrante. Descolgarla cuando tendría que estar durmiendo era una mala idea, sobre todo después de haber estado ya un buen rato hablando con él antes de irme a la cama, pero presioné el botón verde de todas formas.

—Tienes fotos muy buenas. —Su voz, un poco baja porque seguramente no quería arriesgarse a despertar a su padre, sonaba incluso mejor por teléfono—. ¿Quién es la chica del pelo castaño?

Supe a quién se refería de inmediato, porque Kate aparecía en un ochenta por ciento de las publicaciones de mi cuenta de Instagram. Sheila decía que parecía una *fan account* de mi mejor amiga, y no le faltaba razón.

—La víctima predilecta de mis sesiones fotográficas —bromeé—. Se llama Kate. Vamos juntas a clase.

—Y supongo que la morena y la pelirroja van con vosotras.

Hablaba de Karen y de Sheila.

—Supones bien.

—Y tú solo sales en dos. ¿Es porque no te gusta que te hagan fotos o porque nadie te las hace como debería?

—Las únicas fotos que tengo en las que aparezco yo no pegan con el intento de estilo profesional de las otras.

Las que publicaba estaban hechas con mi cámara y retocadas a conciencia, así que tenían muy buena calidad. La galería de mi móvil, sin embargo, estaba llena de fotos muy poco serias, como las que tomaba cuando salía de fiesta.

Le envié una en la que aparecíamos Sheila y yo en el baño de una discoteca.

—¿Lo ves? No puedo poner una foto así entre las otras. ¿Tú te pondrías una chaqueta verde fosforito encima de tu ropa negra?

—Yo no me pondría nada de ese color ni aunque me pagaran por ello.

—Qué dramático. —Puse los ojos en blanco y sonreí al mismo tiempo, a pesar de que él no vería ninguno de los dos gestos—. Entonces, ¿te ha decepcionado mi cuenta?

—No. Además, me siento orgulloso de haberla encontrado.

—Voy a echarle un vistazo a la tuya.

No necesitaba avisarlo de que iba a cotillear hasta el más mínimo detalle, pero me gustó poder preguntarle cosas mientras observaba sus fotos. Sin contar las historias de Instagram, solo tenía tres. En una de ellas salía vestido con ropa de baloncesto, y habían tomado la foto justo en el momento del salto, cuando ya había soltado la pelota y esta se encontraba en el aire, encaminada hacia la canasta.

En otra aparecían él y su hermano juntos. Al ver a Andrew, sentí que el aire a mi alrededor se llenaba de nostalgia y que el sentimiento inundaba mis pulmones al respirar. Eso habría explicado parte del dolor que notaba en el pecho.

—¿Quiénes son los de la última publicación? —pregunté, refiriéndome a la que mostraba un grupo de seis personas, incluyéndolo a él.

Me habló un poco de todos ellos. En sus historias salía más gente, pero parecía que esos cinco eran sus amigos más cercanos. Dejarlos atrás al mudarse de nuevo debió de dolerle, igual que a mí me había dolido alejarme de él a los once años. Sin embargo, Andrew se había quedado

en Roinar y Sean podría haber hecho lo mismo, así que, ¿por qué había decidido volver?

Quise preguntárselo, pero, por algún motivo, tuve la sensación de que esa no era una conversación adecuada para las dos de la madrugada, cuando ambos estábamos tan cansados.

Terminé de revisar todo lo que había en su cuenta y, finalmente, volvimos a despedirnos.

Esa noche, en mis sueños, recordé algunos momentos de mi infancia, y dormí mejor que en mucho tiempo.